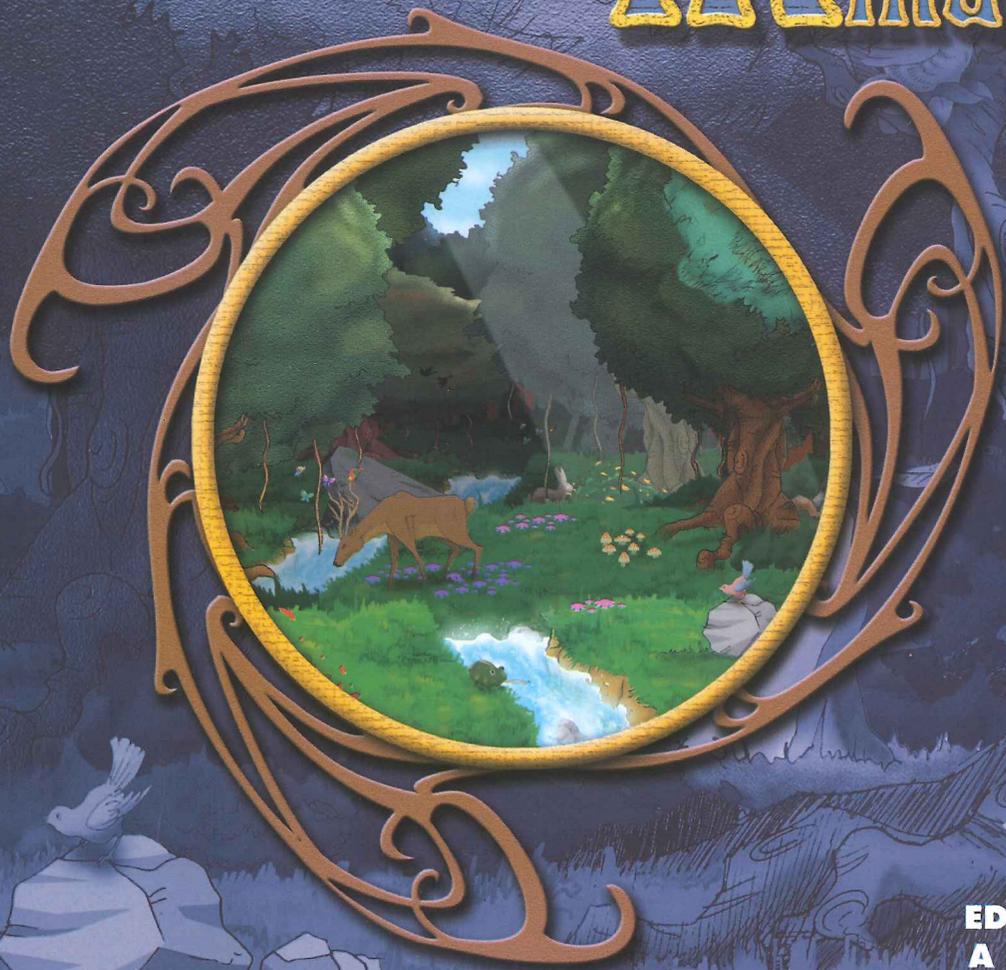


El Bosque de Minu



EDICIONES
ALJIBE

Autores:

Estanislao Peinado Ferrer
Antonio Navarro Barriga
Esther Puga González
Rosario Padial Ruz

Escuela Universitaria de Formación del Profesorado "La Inmaculada". Granada

Diseño Gráfico: Jimenezylombardo.com
Ilustraciones: Francisco Poyatos Jiménez

© Ediciones Aljibe, S.L., 2003
Tlf.: 95 271 43 95
Fax: 95 271 43 42
Pavia, 8 - 29300-Archidona (Málaga)
e-mail: aljibe@vnet.es
www.edicionesaljibe.com

I.S.B.N.: 84-9700-141-9 (obra completa)
I.S.B.N.: 84-9700-142-7 (libro del alumno)
Depósito legal: MA-1273-2003

Imprime: Imagraf. Málaga

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

*A todos los que amáis
la naturaleza.*

El Bosque de Minu

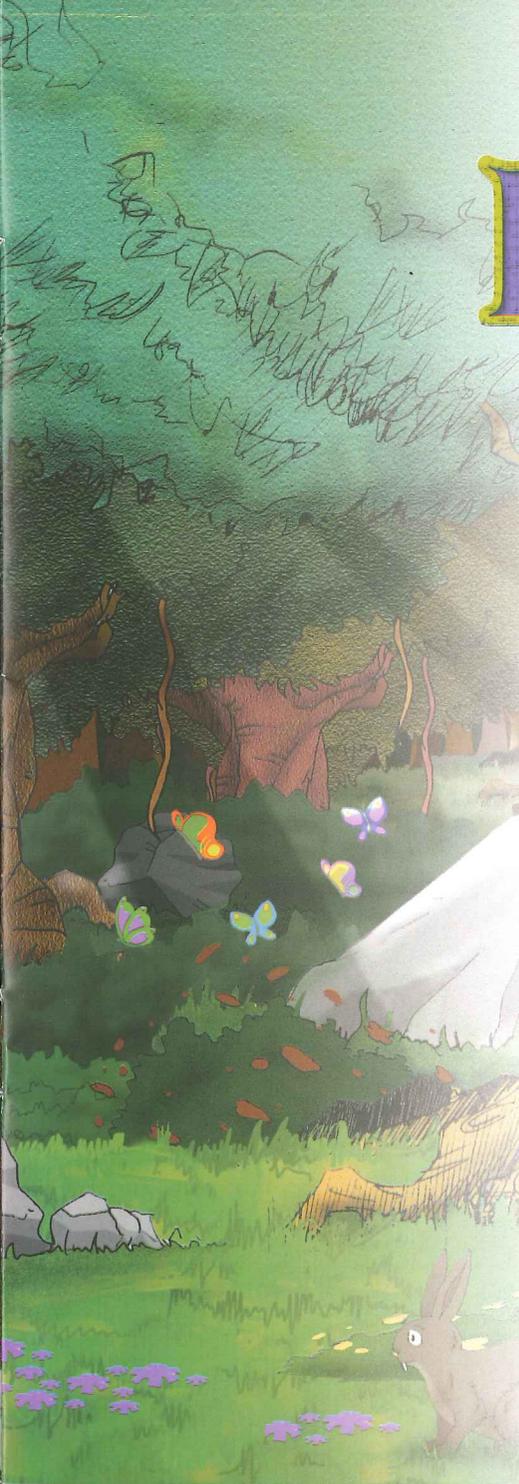
A. Navarro Barriga



2

3

3



Había una vez una bruja buena que vivía en una pequeña casa blanca y limpia en medio de un frondoso bosque.

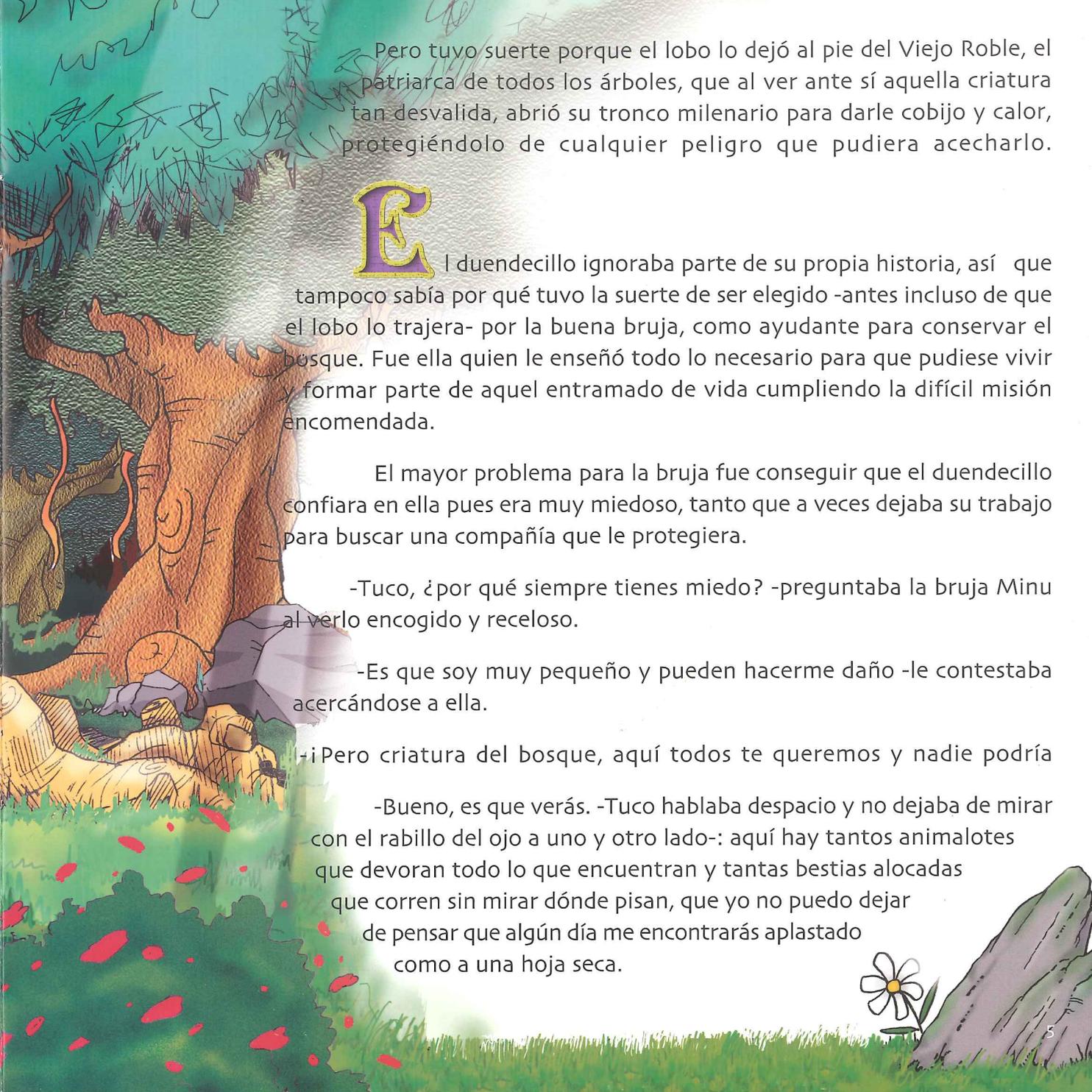
La bruja Minu, así se llamaba, era la encargada de mantener aquel inmenso espacio en el que vivían miles y miles de plantas y animales con el suficiente desorden como para que no perdiera la categoría de bosque.

Dejaba que los árboles crecieran libremente, como ellos quisieran. La única condición que impuso la bruja era muy sencilla: los fuertes deberían permitir crecer también a los demás, incluso a los más débiles. Y así lo hacían, extendían sus ramas caprichosamente en cualquier dirección, de modo que al mirar hacia arriba, lo que se veía era una hermosa filigrana, un encaje de hojas por entre las cuales aparecía, como una lluvia de luciérnagas, el sol majestuoso y cálido.

Y en aquel fascinante laberinto las más hermosas criaturas jugaban, hacían sus nidos, encontraban comida y..., bueno, vivían tranquilas, mientras no llegasen los cazadores.

El pequeño Tuco fue arrastrado por una riada de agua salada quedando atrapado entre las hierbas secas. El lobo lo rescató y después de mucho caminar para poder salir de la zona devastada, llegaron a aquel lado del bosque. Traía mucha hambre, temblaba de frío, y sobre todo, de miedo recordando la gran tormenta.





Pero tuvo suerte porque el lobo lo dejó al pie del Viejo Roble, el patriarca de todos los árboles, que al ver ante sí aquella criatura tan desvalida, abrió su tronco milenario para darle cobijo y calor, protegiéndolo de cualquier peligro que pudiera acecharlo.

El duendecillo ignoraba parte de su propia historia, así que tampoco sabía por qué tuvo la suerte de ser elegido -antes incluso de que el lobo lo trajera- por la buena bruja, como ayudante para conservar el bosque. Fue ella quien le enseñó todo lo necesario para que pudiese vivir y formar parte de aquel entramado de vida cumpliendo la difícil misión encomendada.

El mayor problema para la bruja fue conseguir que el duendecillo confiara en ella pues era muy miedoso, tanto que a veces dejaba su trabajo para buscar una compañía que le protegiera.

-Tuco, ¿por qué siempre tienes miedo? -preguntaba la bruja Minu al verlo encogido y receloso.

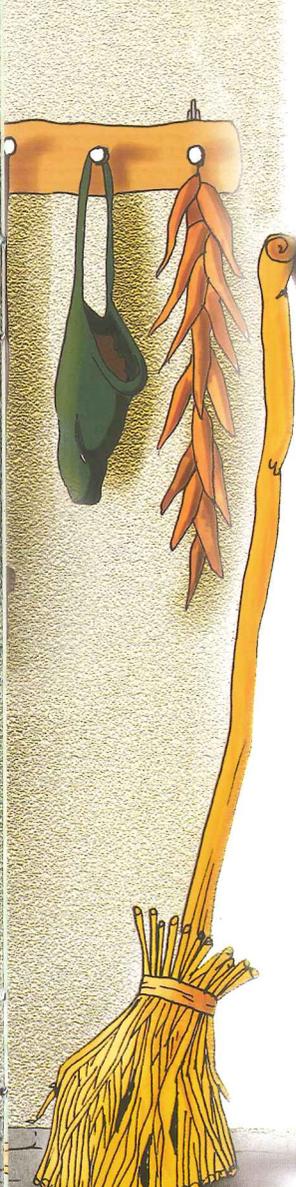
-Es que soy muy pequeño y pueden hacerme daño -le contestaba acercándose a ella.

-i Pero criatura del bosque, aquí todos te queremos y nadie podría

-Bueno, es que verás. -Tuco hablaba despacio y no dejaba de mirar con el raballo del ojo a uno y otro lado-: aquí hay tantos animalotes que devoran todo lo que encuentran y tantas bestias alocadas que corren sin mirar dónde pisan, que yo no puedo dejar de pensar que algún día me encontrarás aplastado como a una hoja seca.







Y

a dentro de la casa, Minu le invitó a merendar. Tuco la miraba con sus ojillos muy abiertos, había aprendido a no tener miedo de ella. Su gran nariz, su barbilla picuda, sus ojos chispeantes, le inspiraban ternura.

Su amiga la bruja le ofreció una taza humeante con sopa de nueces. Y él la saboreaba mientras ella le hablaba.

-Recuerda Tuco que fuiste elegido para recolectar y sembrar todos los años las semillas más delicadas del bosque; sin las plantas que nacen de tu trabajo sería imposible la vida aquí.

-Sí, eso ya lo sé pero...

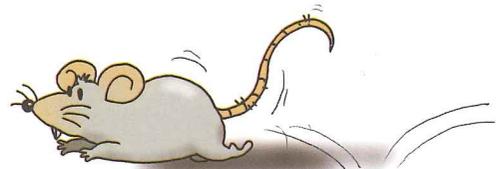
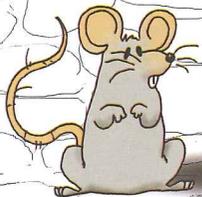
-Pero ¿qué...? Eres muy importante y si tú te vas, el bosque y todas las plantas y animales que en él viven se verían seriamente amenazadas, así que no van a hacerte daño.

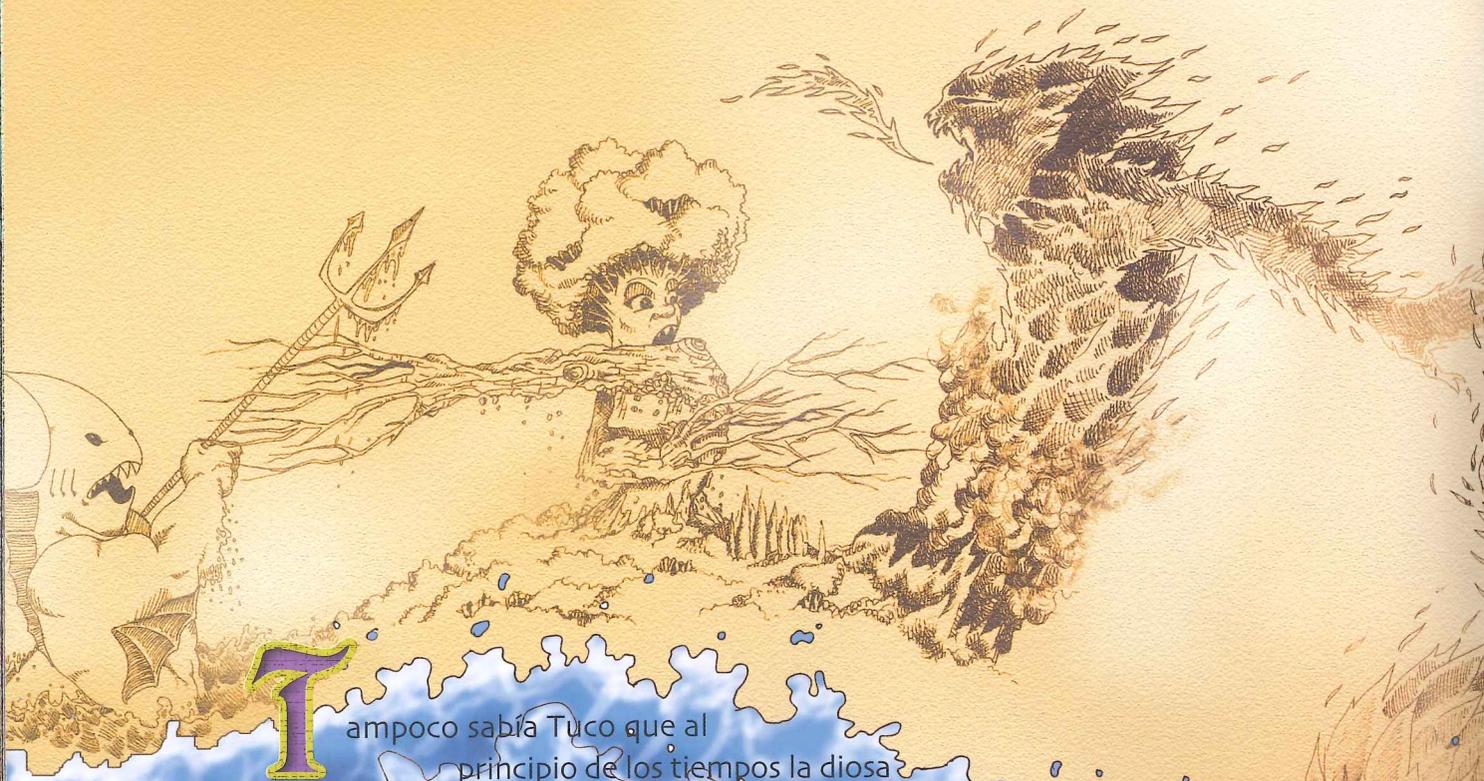
-¿Eso es verdad?

-Absolutamente cierto, sabes que yo no miento -dijo la bruja.

-Gracias Minu, ahora estoy más tranquilo.

Cuando Tuco vencía el miedo era feliz. Esa tarde, al igual que otras veces, dejó la casa de la bruja y se dirigió a la suya seguido de cerca por algunos animales nombrados guardaespaldas, para que lo protegieran. Claro que esto era un secreto entre ellos y la bruja, porque no querían herir su sensibilidad.





Tampoco sabía Tuco que al principio de los tiempos la diosa de los bosques se vio obligada a librar una gran batalla contra los dioses del fuego y del mar. Ellos hicieron una alianza y uniendo sus fuerzas pretendían apoderarse del bosque, pero fueron derrotados.

El dios del mar al saberse vencido sintió vergüenza y pidió perdón por su avaricia.

-Como muestra de mi arrepentimiento -dijo el dios del mar-, te ofrezco a uno de mis guerreros más fuertes. El llamado Gual. Él recorrerá tus territorios calmando la sed de todas las criaturas que en él viven y en el caso de que el dios del fuego te declare la guerra, será el mejor de tus generales.

Sin embargo, la victoria no fue total porque el dios del fuego, antes de retirarse al centro de la Tierra, se las ingenió para dejar a la más terrible guerrera de sus ejércitos dispuesta a arrasarlo todo con sus cenizas. Lo que hacía más peligrosa a esta guerrera era su apariencia de hada.



Quando la diosa Ura se dio cuenta de semejante peligro, nombró un consejo presidido por Rob, el más viejo de los nobles. Éste, con el poder otorgado, hizo llamar a una bruja querida y respetada por la mayoría de los animales y plantas de los bosques. A ella encomendó la misión de mantener alejada al hada Druxina para que las cenizas que podía propagar con su varita mágica no llegasen nunca a secar el bosque.

En esta tarea de cuidar el bosque, Minu encontró gran ayuda en el discreto duendecillo. De modo que su presencia allí era imprescindible.

Tuco no sabía nada de aquella antigua batalla en la que un ataque del dios del mar provocó una tormenta de agua salada con la que arrasó parte del bosque. Así debía de ser por deseo de Ura: Tuco siempre desconocería su historia.

Lo realmente importante para el duende era que le recordasen que le querían, así él se sentía valiente y recorría el bosque cantando y saltando, contagiándolo todo de alegría con esta canción:



Miro al cielo, qué lejos está,
las hojas tin-tintinean,
agradecidas a los pajaritos
que las pi-picotean.

El viento silba, quiere despertar,
El viento silba, quiere despertar,
A los troncos dormidos
que ronronean.

Levanto mis manos, levanto mis pies,
son tan pequeños que tú no los ves.
Levanto mis manos, levanto mis pies,
son tan pequeños que tú no los ves.

Levanto mis manos, levanto mis pies,
son tan pequeños que tú no los ves.
Levanto mis manos, levanto mis pies,
son tan pequeños que tú no los ves.

El viento silba, quiere despertar,
El viento silba, quiere despertar,
A los troncos dormidos
que ronronean.

El sol me calienta, la lluvia me alimenta.
Las hojas tin-tinean.
El sol me calienta, la lluvia me alimenta.
Los pájaros pi-picotean.

Así era como transcurría el tiempo para Tuco. Se asustaba, hablaba con su amiga y entonces, trabajaba y cantaba, cantaba y trabajaba.

Mas un día, cuando el duendecillo esparcía delicadas semillas, un ruido infernal estremeció el bosque. La luz era tan intensa que no permitía ver nada, además una risa como salida de todas las hojas, de todas las ramas, de todos los troncos, de todas las raíces, de todos los animales al mismo tiempo, inundó el aire.

Tuco quiso llamar a Minu pero no tenía voz, quiso correr pero sus pies no se movían.

Al cesar el estruendo apareció ante él una figura de cabellos dorados y piel rosada. Su voz suave envolvió a Tuco.

-No tengas miedo pequeño, no quiero hacerte daño.

El duende, más pequeño que nunca, casi cubierto por la hierba, no se atrevía a mirarla y aunque lo hizo fugazmente, advirtió en su mano una varita con una estrella muy brillante al final.

-¿Eres un hada? -preguntó Tuco.

-Así es, soy Druxina el hada que viene a ayudarte.

-Gracias pero no necesito ayuda, tengo a Minu y a..., todo el bosque -dijo un poco atropellado.

-¿Has dicho Minu? ¡Ja, ja, ja! -Aquella risa parecía que brotara de un volcán. El hada siguió diciendo:- esa bruja torpe y blanda nunca sirvió para mucho, ni tan siquiera supo ser lo que es.

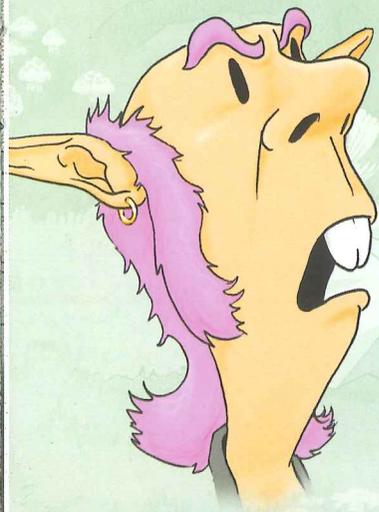
-No digas eso, ella es buena y cuida de nosotros.

Puso interés en demostrar lo enfadado que le ponía oír hablar mal de su querida amiga, pero su voz salió entrecortada y débil:

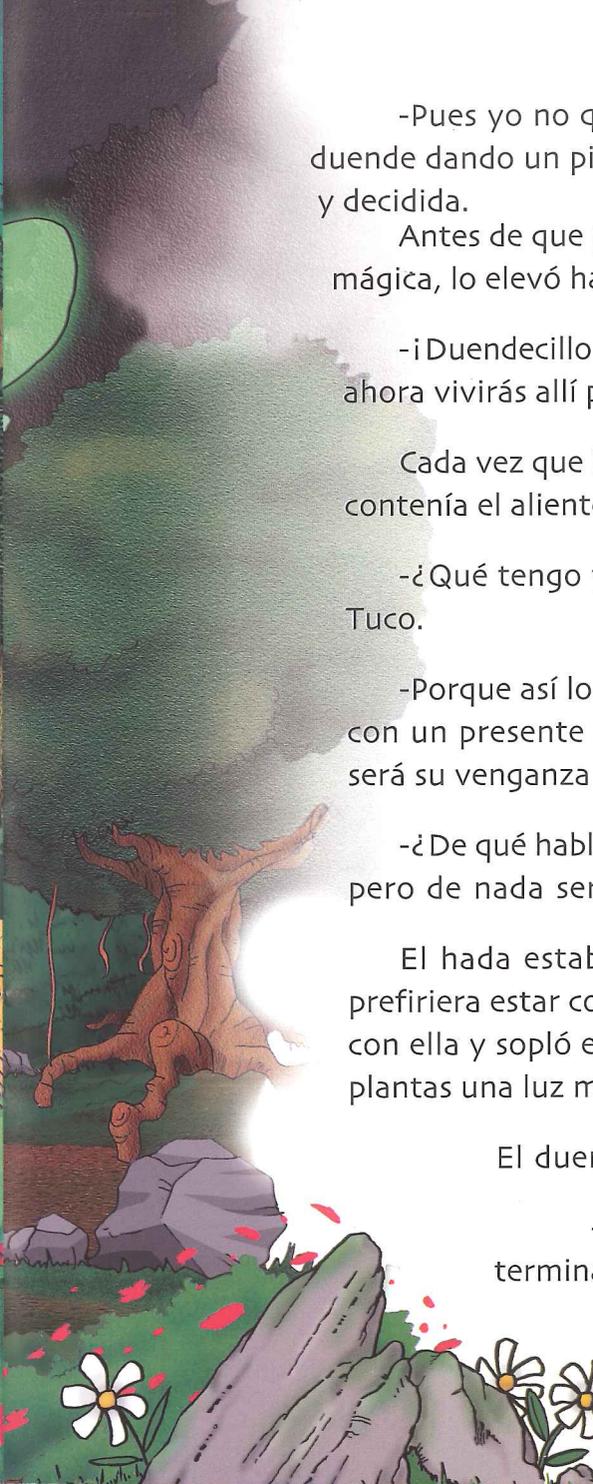
-Pero ella nació bruja y debería ser mala, convertir a los niños en animales y a los animales en monstruos; en lugar de eso se dedica a proteger este montón de árboles inútiles.

-Y tú, ¿por qué eres mala siendo un hada? -preguntó Tuco.

-Porque alguien tenía que serlo -dijo Druxina muy enfadada-. Además pequeño, no tengo tiempo para dedicarlo a cosas tan insignificantes, mi deseo es llevarte conmigo y así lo haré.





A vertical illustration on the left side of the page depicts a forest scene. At the top, a large, gnarled tree trunk is visible. Below it, a smaller tree with a thick trunk and sparse branches stands on a rocky outcrop. The ground is covered with green grass, several white daisies with yellow centers, and scattered red petals. The background is a soft, hazy green, suggesting a misty or magical atmosphere.

-Pues yo no quiero ir a ninguna parte contigo y me quedo aquí -dijo el duende dando un pisotón todo lo fuerte que pudo. Esta vez su voz sonó grave y decidida.

Antes de que pudiera darse cuenta, un rayo de luz que partió de la varita mágica, lo elevó hasta la mano del hada que lo miraba con maldad.

-¡Duendecillo impertinente, tú vendrás a vivir al castillo de mi rey! Desde ahora vivirás allí por expreso deseo del hada Druxina que soy yo.

Cada vez que la palabra Druxina era pronunciada, el bosque, sobrecogido, contenía el aliento.

-¿Qué tengo yo que hacer en ese castillo? ¿Por qué debo ir? -preguntó Tuco.

-Porque así lo he decidido yo. Necesito congraciarme con mi nuevo rey y con un presente como tú seguro que lo consigo. Tenerte a ti a su servicio será su venganza contra la diosa Ura.

-¿De qué hablas? No puedo irme, me necesitan. -Tuco gritaba y pataleaba pero de nada servía porque no podía escapar de la mano del hada mala.

El hada estaba furiosa a pesar de todo, no le gustaba que el duende prefiriera estar con la bruja y no con ella. Agitando su varita trazó un círculo con ella y sopló en el centro; al instante se fue depositando sobre árboles y plantas una luz maloliente que los convertía en cenizas.

El duende gritó y gritó con todas sus fuerzas llamando a Minu.

-De nada te servirá llamar a esa vieja, acabaré con todo, terminaré con el bosque de Minu.





Antes de que acabase de pronunciar su nombre, apareció Minu sobre su escoba arrebatando a Tuco de la mano de Druxina. Visto y no visto, allí estaba la bruja buena frente al hada mala. El corazón del bosque y de todas sus criaturas dejaron de latir observando a la bruja y al hada midiendo sus fuerzas.

-Druxina, ¿qué has venido a hacer? -preguntó Minu con voz enérgica-. Sabes bien que en el bosque no hay lugar para ti.

-Poco me importa que el bosque me quiera o no. -El hada habló con desprecio-. Todos vais a desaparecer aplastados por las cenizas que haré caer sobre vosotros. El único que por ahora se salvará será este insignificante personajillo.

-Ese es tu propósito pero no lo conseguirás -dijo Minu-. Y en un santiamén sacó de su bolsa un cuerno de cabra, una pezuña de cerdo, el ojo de un pato, el pico de un águila y el colmillo de un guerrero. Agitándolo todo hizo una pócima con la que convirtió su escoba en una espada de fino cristal.

-¡El bosque es día, el bosque es noche, curva tu espalda, seca tu garganta, el hambre será tu vida y el alimento será tu muerte!

Mientras Minu, con su cara transformada por el esfuerzo, decía estas palabras, Druxina se retorció y todo su cuerpo, ahora grande, ahora pequeño, tomaba forma de animal, de un extraño y desagradable animal.

- Este será tu castigo -dijo la bruja-. Puesto que no aprendes cuál es tu lugar, estarás persiguiéndote y huyendo eternamente. Cuando tengas hambre, buscarás alimento, mas si llegas a tomarlo, morirás.

Al instante, aquel horrible y famélico animal huía despavorido a lo más profundo del bosque.

La explosión de júbilo fue unánime, por fin, la amenaza desaparecía.

Ahora que han pasado muchos, muchos años, si vais al bosque podréis ver un animal esquelético y desesperado que exhausto huye sin saber muy bien de qué. No intentéis cogerlo, recordad que es Druxina, un hada muy pero que muy mala. En el bosque de Minu nadie le hace caso y son muy felices.

Peludo, pelón, este cuento se acabó.

Granada, 1999







ISBN 84-9700-142-7



9 788497 001427